

# La Ondina del Plata

PUBLICACION LITERARIA ILUSTRADA.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

EN SU IMPRENTA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 176.

APARECE LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION, 10 \$ AL MES.

FUERA DE LA CIUDAD, 12 \$

## SUMARIO.

El amor á lo bello (Continuacion), por José R. Gutierrez.—El Torrente y la Roca (poesia), por José M. Samper.—El cuervo (Traduccion directa del Inglés), por Carlos Olivera.—Una lágrima (poesia), por Tomás O' Connor d' Arlach.—Cosas de ellas (poesia), por L. Sipos.—Ecos de *La Ondina*, por Adelfa—Bailes en el Plata, por Cástulo Venteveo.

### El amor á lo bello.

(Original de N. Hawthorne.)

(Continuacion.)

—¡A la obra! exclamó.

El temor de que la muerte le sorprendiese antes de confirmar sus esperanzas le transformó en otro hombre. Es una idea comun en todos aquellos que tienden á elevadas miras: soportan la vida porque les permite llegar al objeto durante ella anhelado. Cuando vivimos por vivir, espanto no nos infunde la muerte; mas, cuando la vida es necesaria para la consumacion de nuestros designios, entonces lamentamos la velocidad de las horas y nuestra impotencia para detener la marcha acompasada del tiempo. Sin embargo, este sentimiento de dolorosa inquietud da ordinariamente cabida á una firme confianza en la invulnerabilidad: cada vez que trabajamos creemos ejecutar una obra providencial que, segun nosotros, haria falta en el mundo si no llegásemos á concluirla. El filósofo, absorto en la investigacion de la verdad, se imagina, acaso, que el

velo de la muerte cegará sus ojos antes de rasgar el velo que oculta la verdad? Si así fuera, siglos correrian antes que una inteligencia, hermana de la suya, llegase á penetrar las leyes que él habia entrevisto y estado á punto de formular. ¡Ay! la historia, en tanto, nos ofrece mas de un ejemplo: cuántos genios han sido del mundo arrebatados sin haber concluido su mision terrenal! El sabio muere y al lado de su tumba vegetan inteligencias mediocres; el poeta deja sus cantos en preludio: el pintor su inspiracion en bosquejo, y ambos van sin duda, á terminar en el cielo obras que la tierra no era digna de posser.

Volvamos á Owen Warland.

Para su ventura, ó desgracia puede ser, obtuvo el ideal que persiguió tenaz é inútilmente durante tanto tiempo, y no diremos despues de que fatigas y doloroso alumbramiento.

Le encontramos una tarde de invierno; se dirige á la fragua de Roberto Danforth, contento al ver sus esfuerzos coronados por un feliz éxito.

El robusto herrero estaba cómodamente sentado en un ángulo del hogar; delante de él Ana, madre ya, á quien se habia pegado algo de la grotesca naturaleza de su esposo, pero digna aun (así lo creía Owen) de servir de mediador plástico entre el espíritu y la materia. Esa tarde, cabalmente, Pedro Hoven-den era el huésped de la nueva familia, y sin demora la mirada del artista descubrió una fisonomía sarcástica cuya expresion por demas conocia.

—¡Hola! es Owen, mi antiguo amigo. ex-

clamó Roberto, dirigiéndose á él y apretando con efusión su mano delicada como si fuera una barra de hierro. Te corresponde, como á buen amigo, devolverme la visita. Creía que el movimiento perpétuo te hubiera hecho olvidar nuestra amistad sincera.

—Mucho gusto tenemos en verte, dijo á su turno Ana, sonrojándose levemente; y, ¿por qué has dejado de visitarnos tanto tiempo.

—Y bien, Owen, añadió el viejo relojero á modo de bienvenida, ¿cómo vá lo bello? ¿lo creaste?

Al principio nada contestó el artista; contemplaba una robusta criatura que gateaba sobre la alfombra; este sér, emanación también de lo infinito, era de una sólida constitución, que á las claras se veía que la naturaleza lo había formado con sus mas poderosos elementos. El nene se arrastró hasta el recién llegado y, apoyándose en sus bracitos levantó la cabeza é inmóvil se quedó mirando Owen con la persistencia característica de los niños. Su madre, que con vivo interés seguía los movimientos del chico, no pudo menos que cambiar con su marido una sonrisa de orgullosa satisfacción. A Owen consternaba la mirada escudriñadora del niño, la cual traía á su memoria el firme mirar del viejo relojero: á poco, sin la presencia de este último se habría imaginado que, bajo esa forma infantil estaba oculta el alma de Pedro Hovenden y que de esos labios sonrosados salía aquella malicioso pregunta.

—Owen, ¿y lo bello? ¿que has hecho de lo bello? ¿lo has creado?

Si: lo he creado, contestó al fin el artista con aire de triunfo; sí, amigos, es la pura verdad lo he creado!

—¿De veras? dijo Ana con el acento de la mas espontánea alegría; ¿y sería indiscreción preguntar cual es tu secreto?

—De ninguna manera, pues para dártelo á conocer he venido; puedes ver, palpar, poseer el secreto. Ana, si aun es permitido nombrar así á la amiga de mi infancia, he inspirado una alma á este armonioso mecanismo, á este portento de belleza para hacerte un obsequio nupcial digno de tí. El regalo viene un poco tarde, es cierto, pero, cuando la vida avanza y á medida que los objetos que nos rodean pierden su brillo y que la inteligencia siente

embotarse la viveza de su percepción, entonces, mas que nunca, necesitamos poseer el sentimiento de lo bello. Si aprecias este presente, Ana, no habrá llegado tarde.

Al decir estas palabras mostró una cajita de ébano, enchapada por el mismo en un precioso mosaico de nácar. Este representaba un niño persiguiendo una mariposa, que de pronto se convertía en un espíritu aéreo y hula hacia el cielo, mientras el niño, en el ardor de su persecución, parecía lanzarse hacia el éter para obtener el símbolo de la belleza.

El artista abrió la caja y no pudo la jóven contener un grito de sorpresa al ver salir una mariposa que vino á posarse en la extremidad de uno de sus dedos, agitando sus alas de púrpura y oro como si fuera á emprender el vuelo. La pluma se resistió á pintar el esplendor radiante, la infinita delicadeza de esta sorprendente obra maestra. Esta mariposa ideal ninguna semejanza guardaba con esos insectos medios descoloridos que voltejan sobre las flores terrestres; parecía mas bien hermano de aquellas que se pillan en los jardines celestes y sirven de compañera en sus juegos á los angelitos que la muerte arrebató á nuestro amor. Un día brillante cubría sus alas de fuego y sus ojos tenían el esplendor de la vida.

El fuego que chisporroteaba en la chimenea, la suave luz de la lámpara, palidecían ante la rara claridad que alrededor esparcía este prodigio de la belleza.

—¿Que admirable objeto! exclamó la jóven; ¿y esta vivo?

JOSÉ R. GUTIERREZ.

(Concluirá.)

## El Torrente y la Roca.

(APÓLOGO.)

En el fondo de una selva  
De Peña en Peña saltando,  
En medio de algas lustradas  
Y mil helochos enanos,  
Iba un límpido Torrente  
Lluvia de perlas regando.  
Llegó en su rápido curso  
Sobre el empinado tajo  
De una Rocavivo miedo

De aquel peligro; dió un salto,  
Y al caer sobre una cuenca  
Que al pié formaba el ribazo,  
Detúvose, haciendo rizos  
Con el céfiro liviano.  
Tornó á mirar á la cima  
Que le había amedrentado,  
Y al verla con su corona  
De diamantes y topacios,  
Fresca, limpia y refulgente  
Del iris bajo los rayos,  
Dijole con un acento  
Súave y acompasado:  
—Bien hayas, enhiesta *Roca*  
Si, deteniendo mi paso,  
Preparaste mi caída  
Sobre este claro remanso;  
Que así mis ondas murmuran  
En el bosque solitario  
Su mas pura melodía,  
Que el agua va remedando.  
Sin tí mi música fuera  
Rumor desacompasado;  
Un ruido sin lenguaje,  
Perdido en el aire vago.

—Mas sin tí—dijo la *Roca*  
Bajo su liquido manto—  
¿Para qué servir pudiera  
En su oscuro santuario  
La dura *Roca*, escondida  
Entre el musgoso regazo?  
La *Roca*, sin el *Torrente*,  
Vive muda y sin encantos,  
Y el *Torrente*, sin la *Roca*,  
Vagabundo lleva el paso.  
Sólo juntos somos bellos,  
Y sólo juntos formamos  
Esas blandas armonías  
Que las brisas van cantando.

Tal, de Dios bajo la sombra,  
La mujer y el hombre vamos  
—Al juntarnos en el mundo—  
Dulce concierto formando:  
La misteriosa armonía  
Que del amor es el canto.

JOSÉ M. SAMPER.

## El cuervo.

(TRADUCCION DIRECTA DEL INGLÉS,  
por *Cárlos Olivera*.)

Una vez, hacía una triste media noche, miéntras que débil y cansado, reflexionaba sobre extraños y curiosos volúmenes de una olvidada teoría,—miéntras que cabeceaba, casi dormitando, oí un golpe, como si alguien llamara dulcemente á la puerta de mi cuarto—Es algun visitante, murmuré, que golpea á la puerta de mi cuarto.

Es eso y nada mas.

Me acuerdo distintamente que fué en el sombrero Diciembre; cada una de las leñas, al apagarse, proyectaba su sombra en el pavimento. Ardientemente deseaba la aparicion de la mañana; en vano habia pensado que los libros dieran alivio á mi dolor—á mi dolor, por mi perdida Leonora—por la incomparable y radiante vírgen que los ángeles llaman Leonora—

Sin nombre ya entre nosotros.

Y el sedoso, melancólico roce de cada una de mis cortinas de púrpura, me estremecía—me llenaba de fantásticos terrores nunca hasta entonces sentidos; de tal manera que para apaciguar los latidos de mi corazon, me repetía: “Es algun visitante que solicita entrar á mi cuarto—algun tardío visitante que quiere entrar por la puerta de mi cuarto;

Es eso y nada mas.

De improviso, cobré valor; sin vacilar más tiempo: “Señor, dije, ó Señora, imploro sinceramente vuestro perdon, pues, la verdad es que estaba dormitando y habeis llamado tan suavemente; habeis golpeado, golpeado tan debilmente á la puerta de mi cuarto, que estoy á penas seguro de haberos oído”—abrí entónces la puerta de par en par;

Oscuridad y nada mas.

Sumergido en aquella oscuridad, estuve largo rato mirando, sorprendido y temeroso; llena el alma de dudas, soñaba cosas que ningun mortal se había atrevido á soñar todavía; pero el silen-

cio continuó, y la tranquilidad siguió callando, y la única palabra proferida fué la susurrada palabra "Leonora". Yo la había susurrado y el eco me devolvió en un murmullo la palabra "Leonora".

Simplemente esto y nada mas.

Volviendo al cuarto de nuevo, con el alma excitada, oí otra vez un golpe algo mas fuerte que el primero. "Seguramente, dije, alguna cosa pasa en la celosía de mi ventana. Veamos que hay en ella y exploremos el misterio; que se tranquilice un momento mi corazón y exploremos este misterio; —

Es el viento y nada mas.

Abri y empujé el postigo, cuando, con muchos gestos y agitacion, entró un imponente Cuervo de los santos tiempos pasados.

No hizo la menor reverencia; sin detenerse ni vacilar un minuto, pero con un aire de señor ó de señora, se paró sobre un busto de Pálas—justamente sobre la puerta de mi cuarto—

Se paró, se instaló y nada mas.

Aquel pájaro de ébano cambiaba en sonrisas la amargura de mi alma, por el grave y rígido aspecto que guardaba. "Aunque tu cabeza esté pelada y afeitada, le dije, no pareces ser un robard—lúgubre, severo y viejo Cuervo escapado de las playas de la noche!—dime cual es tu nombre señorial en las riveras Plutonianas?

El Cuervo dijo: *Nevermore.*" (1)

Me maravilló muchísimo el oír hablar tan claramente á aquella infeliz ave, aunque su respuesta tuviera muy poca importancia—muy poca relacion con mis pensamientos; porque no podemos convenir en que hasta entónces mortal alguno, habia sido regalado con la vista de un pájaro arriba de la puerta de su cuarto—pájaro ú otro animal, arriba del escultado busto de la puerta de su cuarto.

Con un nombre como el de *Nevermore.*

Pero el Cuervo, solitario en aquel plácido busto, no pronunció mas que esa sola palabra, como si en ella hubiera derramado toda su alma.

(1) Me ha parecido mejor conservar esta palabra, que quiere decir "nunca, jamas, nunca mas," etc.

C. O.

Nada mas dijo; ni una pluma de su cuerpo se agitó.—hasta que habiéndome dicho á mi mismo: "otros amigos han desaparecido antes—mañana, él tambien me abandonará como me han abandonado mis Esperanzas";

El pájaro exclamó: *Nevermore.*

Sorprendido al verle romper el silencio con respuesta tan perspicaz. Indudablemente dije, lo que habla es todo cuanto sabe; lo ha aprendido de algun infortunado á quien la implacable desgracia ha perseguido tenaz—siempre mas tenaz—hasta que sus cantos han tenido un estribillo—hasta que los cantos fúnebres de su esperanza se han convertido en ese melancólico estribillo de

*Nevermore.*

Pero como el Cuervo sedujera todavía mi triste alma á sonreír, coloqué un almohadonado sillón en frente del pájaro, el busto y la puerta; entónces, despues de hundirme en el terciopelo, me apliqué á encadenar ideas á otras ideas, pensando en lo que aquel siniestro pájaro de los tiempos pasados—en lo que aquel severo, imbecil, lúgubre, flaco y siniestro pájaro de los tiempos pasados, quería decir, graznando:

*Nevermore.*

Me senti empeñado en conjeturas, pero sin que una sola sílaba lo hiciera comprender al ave, cuyos ojos de fuego me quemaban hasta lo mas íntimo del pecho; me senté reflexionando sobre eso y algo mas, con mi cabeza dulcemente reclinada sobre el almohadon forrado de terciopelo sobre el que caían los rayos de la lámpara; forro de terciopelo violeta sobre el que caían los rayos de la lámpara y que

Ella no tocará ah! *Nevermore.*

Entónces, me pareció que el aire vuelto mas denso, era perfumado por un invisible incensario que balanceaban Serafines, cuyos pasos resonaban débilmente sobre el pavimento.

"Desgraciado" exclamé, "tu Dios te presta—por esos ángeles te envía—Trégua—trégua y remedio para tus recuerdos de Leonora! Bebe, oh! bebe ese benéfico nepente y olvida á tu perdida Leonora."

El cuervo dijo: *Nevermore.*

"Profeta!" le respondí, genio del mal!—profeta, aunque pájaro ó demonio!

Ya seas enviado del Tentador, ó que la tempestad te haya arrojado, desconsolado pero sin miedo, á este desierto encantado—á esta casa frecuentada por el horror—dime la verdad, te la imploro! Hay algún bálsamo para mi dolor?—dime—dime—te lo imploro!

El cuervo dijo: *Nevermore.*

••

Profeta exclamé, genio del mal! profeta aunque pájaro ó demonio! Por ese cielo que está sobre nosotros—por el Dios que ambos adoramos—dile á mi alma abrumada por la amargura si en un distante Eden, volverá á abrazar á una santa virgen que los ángeles llaman Leonora—si volverá á abrazar á una incomparable y radiante virgen que los ángeles llaman Leonora.

El cuervo dijo: *Nevermore.*

••

Que esa palabra sea la señal de tu partida, pájaro ó demonio! grité levantándome estremecido. Vuelve á la tempestad y á las negras riveras plutonianas! No dejes una sola pluma negra como recuerdo de la mentira proferida por tu alma!

Déjame mi soledad—abandona el busto de arriba de mi puerta—retira tu pico de mi corazón y tu cuerpo de mi puerta!"

El cuervo dijo: *Nevermore.*

••

Y el cuervo, sin remontar su vuelo jamás, continúa—continúa en su sitio, sobre el pálido busto de Pálas, justamente arriba de la puerta de mi cuarto; y sus ojos tienen todo el aspecto de los de un demonio que sueña, y la luz de la lámpara cayendo sobre él, dibuja su sombra en el pavimento; y mi Alma de su sombra que flota en el pavimento.

No se verá libre *Nevermore.*

EDGAR POE.

## Una lágrima.

Una lágrima vela tu pupila,  
Como una nube á una brillante estrella,  
¿No eres feliz? tan joven y tan bella  
Sientes ya de la vida el amargor?  
Que hay tempestad en tu alma quizá anuncia  
Esa gota que trémula titila,  
Anublando la luz de tu pupila!  
¿Es acaso la nube del dolor?

¡Corre por tu mejilla! ola bravía  
Del tempestuoso mar de tu existencia;  
¡Oh! quien me diera la virtud, la ciencia,  
De poderla, mi bien, cristalizar!  
Y en medallón de nácar guarnecido  
De brillante y vistosa pedrería,  
Siempre conmigo, siempre, amada mía,  
Esa perla de tu alma conservar.

TOMÁS O' CONNOR D' ARLACH.

## C'oras de ellas.

Mirando ayer un álbum con Lucía,  
Tanto se fué á inclinar,  
Que su fresca mejilla con la mía  
Llegó casi á rozar.

Y, bien fuese de intento ó por acaso,  
Que yo apenas lo sé,  
Aquella piel de nácar y de raso  
Con mi frente toqué.

Enojóse Lucía, y agriamente  
El hecho censuró;  
De loco, de atrevido y de insolente  
La hermosa me trató.

Mas si logró mi audacia en tanto grado  
Su pudor alarmar,  
¿Porqué hoy de nuevo el álbum á mi lado  
Se puso á examinar?

L. SIPOS.

## ECOS DE LA ONDINA.

SUMARIO.—Promesa—Pedido de *Lelia*—Alegrias del Carnaval—Su influencia—Pésimo itinerario—Impresiones agradables—Adornos que han descollado—Niñas que han concurrido al Corso—Una historia con visos de novela—Lutrina de una enamorada—Desenlace—Descripción de la figurin.

Lectoras, restablecida un tanto de mis dolencias, os prometo seguir con mas regularidad mis crónicas.

Tambien me he visto precisada á instancias de *Lelia*, la Revistera de la Moda de *La Ondina*, á ayudarla en su Seccion.

Así pues, lectoras, hemos convenido con mi colega y amiga que cuando yo escriba "Ecos" irá en los mismos, la Crónica de la moda; siendo las de los demas números, como hasta ahora, escritas por *Lelia*.

Hecha esta advertencia y deseando complaceros en la parte concerniente á modas tanto como vuestra cronista especial, daré ya principio á nuestras confidencias.

Ayer, bullicio inmenso, locura indescribible; hoy, el silencio, la quietud y el desfallecimiento que se siguen, á

á mis amables lectoras todo lo que he visto en estos dias de universal alegría.

En Carnaval el hombre de mas seriedad la pierde; todos juegan, rien, loquean al por mayor; yo no sé á que influencia achacar este cambio en los caracteres; hombres que parecen que todos los dias del año *comienzan rebullas* andan con una cara de fandangó, y por lo mismo que no es costumbre ver en

ellos esa expresion de contento, nos hacen sonreir como lo hacemos á la vista de una máscara extravagante.

Este año no ha reinado en el corso la animacion que en otros anteriores, es decir encunto á carruajes, pues los carros adornados que conducian á señoritas se han hecho notar por la cantidad; en comparacion halla mas que carruajes: se comprende que esta moda tendrá de año en año mas aceptación, pues dichas comparsas formadas de dos, tres ó cuatro familias, consiguen divertirse mas y gastan la décima parte de lo que emplearian saliendo en carruaje.

Esopinion general que el itinerario marcado al Corso ha sido pésimo: doble cantidad de cuerdas que el año pasado y unas vueltas caracoladas, todo lo



tres dias de holgazanería y parranda consecutiva.

Cansadísima y con grande pereza pongo en actividad mi pluma con el fin de referir

cual venia á hacer perder tiempo y cuando mas se conseguia recorrer solo dos veces el trayecto señalado.

En fin, esta desafortunada resolución no tiene ya remedio y pasará, pues, á otra cosa.

Qué impresión tan agradable experimentáramos al contemplar tanta juventud y belleza! Si miráramos los carruajes nos encantáramos; si á las ventanas y balcones, nos deslumbraban; era aquello un acopio de mujeres seductoras.

El primer día distinguí á una niña linda entre las lindas; me refiero á Feliza Astengo.

Al verla no pude ménos de exclamar,—esta criatura es una rosa!

—Algo mas que una rosa; dijo una amiga de Feliza que estaba conmigo, compárala con un querubín, como esos que los poetas dicen rodean el trono de Dios, pues es tan buena y candorosa como nos pintan á aquellos seres ideales!

¿Visteis lectoras, á una hermosa joven blanca, pálida, de ojos oscuros rasgados y melancólicos, de cabellos rubios y en cuyo rostro se refleja un mundo de ternura?—Era Celina Alagon, que iba con la monísima Carlota Eggers, esa niña que pronto será una notabilidad en el mas triste y tierno de los instrumentos, la guitarra, como lo es ya en el piano.

Al pasar por la calle Rivadavia vi en su balcón la linda y elegante Eunina Duportal.

¿No visteis al pasar á la cuadra siguiente de lo de Duportal, recostada con abandono en un balcón, á una hermosísima morena? Es una niña á quien yo llamaba *Fornarina* cuando no conocía su nombre, pues sus formas esculturales, su porte majestuoso, sus ojos negros, expresivos y su semblante palpitante de animación y cariño me hacían recordar á la amada del inmortal Rafael.—Ya habreis comprendido que os he hecho el bosquejo, aunque imperfecto, de la bella Candelaria Rufin?

Al dar vuelta por la calle de Victoria, pasé por delante de mí un carruaje en el que iban dos damas; la una muy hermosa y bella, de cabellos negros y brillantes y que llevaba un albisimo traje; llamó mi atención:—Conocés á esa señora de ojos tan lindos? pregunté á una de las niñas que me acompañaban. Cómo nó! es la misma que tú me decías dias pasados que deseabas conocer.—Esa es Josefina P. de Sagasta.

Es tendencia natural, no diré solo en la mujer, sino tambien en el hombre, el querer sobresalir, el querer ser los uno mas que los otros, pero es justo reconocer que este acahe está mas desarrollado entre nosotros.

Pienso esto al recordr el lujo que despliegan las mujeres siempre que se origina una fiesta en que toman parte; en el Corso han rivalizado en lo caprichoso y original de los adornos.

Qué de flores raras y lindas, qué tocados ingeniosos, qué lazos tan graciosos! Oh! es in-

duable que respecto á los trajes de la mujer se puede decir lo mismo que se ha dicho de la naturaleza, esto es, que son mas bellas y mas admirables sus cosas mas pequeñas.

En nuestros vestidos, pues, esos mil accesorios, esas pequeñeces, esas cosas diminutas son las mas lindas, así como en la naturaleza las aves, las flores y los insectos son las mas hermosas gulas.

Todos los adornos con brillo han sobresalido; se han visto con profusión flores en la cabeza, hombros y pecho, con follaje plateado y dorado; corpiños y corseletes con galones de oro; todo lo brillante es de rigurosa moda.

El color lila, tan lindo como inconstante, se ha llevado mucho en el Corso; nos extrané y al mismo tiempo nos alegró el ver tantas niñas y señoras llevando dicho color: lo primero, porque hacía tiempo que yacía arrembado y lo segundo porque se ha desenterrado un color tan suave y que bajo la faz de la modestia atrae las miradas y si se mezcla con blanco se tendrá una combinación de colores magnífica.

Las unas en balcones y ventanas y las otras en carruajes, pero todas ataviadas con suma elegancia estaban las señoritas de Bonorino, de Suarez, Huergo, la interesante Matilde Aguirre, las de Urdinarrain, Bayley, Bustillos, Casares, Piaggio, Sarmiento, Vidal, la simpática Celina Gándara y su monísima hermanita Estela y otras cuyos nombres no recuerdo.

Pero dejando á un lado los trajes y el Corso, voy á contaros una historia tal cual me la han referido y que ha tenido por teatro á uno de los Clubs de esta ciudad.

Hacen dos años que un joven á quien nombraré Ernesto, ama con frenesí á Elisa.

Estaba noches pasadas en los salones del Club del....

—Siempre triste y sombrío, Ernesto, te dijo una máscara que ocultaba su cuerpo en un amplio dominó.

—Qué quieres mascarita, si tan triste es mi vida! El semblante es el fiel reflejo del espíritu, como un espejo lo es de todos los objetos que se oponen ante él; yo séuro y por consiguiente el dolor se retrata en mi semblante.

—Y ¿sin embargo tú asistes á bailes, pasos y teatros?—Tú eres un misterio que yo no alcanzo á descifrar; todo el mundo dice que tú amas á Elisa! y que su desden es lo que va matando; y sin embargo, Elisa me ha dicho que es incierto que la ames, pues nunca le has dicho una palabra.

—Ah! tú eres amiga de Elisa, exclamó el joven cuyo semblante se iluminó de repente con un rayo de alegría—pero que me sirve, murmuró despues, el que la conoces!

—Tengo una gran curiosidad; será franca y te confesaré que hasta he hecho una apuesta; me

he comprometido con una amiga á averiguar la verdad para saber en fin—si es que tú amas á Elisa ó es por admirar á otra que asistes á bailes y diversiones cuando se conoce que el dolor te consume.

—Todo el mundo, me acabas de decir tú misma, conoce mi pasión, pues bien, no tengo porque ocultártela á tí, es un sentimiento noble el que se alberga en mi pecho y creo que no es un crimen manifestártelo. Sábe, pues, que amo á Elisa como es imposible puedas imaginarlo; asisto á diversiones por ella porque solo en ella veo yo en todas partes al objeto de mi adoración.

—Pero Ernesto nunca te creí poseedor de tal timidez—¿porqué no has hecho que ella sepa el afecto que le profesas?

—No me he atrevido nunca á declararle mi amor, porque creo que Elisa no me amará jamás; una mujer de su belleza, de su talento, de su genio, no amará mas que á un sér superior á ella, á algun artista eminente, por ejemplo, á un hombre que sea considerado como una celebridad; solo un sér así creo podrá hacer despertar su corazón.

—Y no obstante de pensar de ese modo, continúas amándola?

—Qué importa!—mis labios nunca le han dicho que la profeso amor—nunca la he importunado pidiéndole correspondencia; en el fondo de mi corazón la he erigido un santuario, allí arde la antorcha de mi purísimo amor, de mi adoración sin límites. Yo admiro, contemplo á Elisa como se adora á una imagen en el altar; mi amor como férvida y sincera plegaria, va hasta ella silencioso; quiero que no se aperciba de él porque sufriría su bella alma.

—Tienes muy bello corazón Ernesto, pero creo que exajeraras las cualidades que adornan á Elisa; yo creo que ella no es capaz de amar á nadie; que tiene un alma de mármol que es en fin...algo coqueta.

—Nó, Elisa no es coqueta; he creído descubrir en ella rastros de dolor: he notado á veces que la ha embargado una ansiedad inexplicable; he visto brillar sus ojos y aun me ha parecido ver en su pupila una de esas candentes lágrimas que abrasan el pecho sin que humedezcan las pestañas.

—Y porqué no procuras olvidarla?

—Es imposible!

—Nunca es tarde, Ernesto.

—Para mí lo es demasiado: poco tiempo me resta de vida; una enfermedad lenta me va consumiendo y el único consuelo que tengo es tener á Elisa á todas horas en mi pensamiento como en mi corazón.

—¡Tan joven y hablas de muerte!

—Máscara, nunca te fies en la juventud por los años que cuenta la persona: el mundo es un perpetuo Carnaval; tras de un bello antifaz puede ocultarse una vieja, como detrás de uno

horrible puede esconderse de una graciosa niña; soy muy joven y sin embargo deseo morir, entretanto habrá ancianos que desean vivir otros tantos años como los que cuentan.

—No, Ernesto, no hables de muerte, estás en el deber de curarte de esa melancolía, aun es tiempo; quiero que cures radicalmente.

Al oír este: quiero que cures radicalmente, Ernesto miró con ansia á la máscara y guiado por un secreto y misterioso impulso, estiró su mano y levantó el antifaz que cubría las facciones de la máscara á quien había dado á conocer el estado de su corazón, casi sin él pensarlo, pues ella son su ingenio había ido arracándole su secreto.

No pudo ver mas que la boca de aquella mujer, pero fué lo bastante para que reconociera á Elisa.

Ella viéndose descubierta corrió á mezclarse entre los grupos de máscaras.

Lo que sucedería despues, lo ignoro lectoras, lo que si sé, es que se dice ya que el próximo invierno se unirán con los indisolubles lazos del himeneo, Elisa y Ernesto.

Y ya basta por Dios de tanto escribir, allá vá la descripción del figurín de *La Ondina* de hoy.

—Traje de ciudad. Este vestido es de cachemira color verde bronce. La pollera es corta y está rodeada de un volado angosto, tableado; sobre este volado va una ancha tira de terciopelo del mismo color del género del traje. Túnica drapada por atrás y rodeada de la misma tira de terciopelo. Casaca *jardinera* con bolsillos adornados de terciopelo: la túnica, los bolsillos y las mangas van adornadas con botones de níquel.

Sombrero de fieltro blanco, con moños y plumas color verde bronce.

ADELFA.

## Baile en el Plata.

(Antes, en y despues.)

Había dormido profundamente. Abrió los ojos con dificultad y los ojos se esforzaban en cerrarse. Tropel de ideas confusas asaltaron mi mente; falanges de imágenes aterrantas dabanzan en el escenario de mi imaginación calenturienta. Quise adquirir la conciencia de mi yo y un estremecimiento nervioso paralizó las funciones de mi cerebro. Volví á cerrar los párpados y estuve dominado por el insomnio no sé si un minuto ó una hora. La verdad es, que cuando desperté, el pensamiento se elaboraba aunque no sin trabajo. Poco despues un ruido extraño vino á herir mis oídos: parecia producido por una legion de demonios arrastrando por el suelo las



campanas de todas las iglesias de la tierra. Después, un ruido lento, lentísimo, acompañado de estrepitosas, prolongadas careajadas: agucé el oído... pero nada alcancé á penetrar de tanta algazara infernal.

La duda de si estaría en este mundo, se agolpó á mi mente, resucitando las fantásticas teorías espiritistas. Impensadamente miré el Calendario pegado á la pared: decía—día 24—Carnaval. Esta fué una revelación. Pero aun dudaba: me había acostado el 21 y despertaba tres días después. ¿Cómo podía ser esto? Nunca había dormido mas de ocho ó diez horas y la comparación del tiempo me decía que habían trascurrido setenta y cinco. ¿Setenta y cinco ni una mas ni una menos!

La memoria embotada por la inacción del sueño, empezó á desprenderse de los escombros que la ofuscaban, para servir de testigo con el recuerdo del pasado, al drama de que era actor en el presente. Ella pudo explicarme, después de una lucha tenaz con el olvido, ese cúmulo de variados objetos que me rodeaban. En la mesa, en la única mesa de mi desmantelado cuarto, se hallaban en una confusión solo comparable á la de mis pensamientos, multitud de objetos singulares: una botica entera en un plano de media vara cuadrada!

Los efectos de una fiebre intensísima los estaba palpando. Aun sentía el fuego devorador en mi sangre, y los miembros de mi cuerpo por intervalos, se estremecían bajo la influencia de una pila eléctrica invisible.

Un vaso contenía no sé qué droga de olor insoportable: iba á echarlo á rodar, cuando me llamó la atención un sobre escrito que lo cubría. No había duda: estaba dirigido á mi nombre. Lo abrí con esa ansiosa curiosidad del que nunca recibe cartas: era una tarjeta de invitación para el Club del Plata.

No bailo, ni asisto nunca á las reuniones de la sociedad elegante; pero no sé porqué siempre he sido afecto á los bailes de máscaras. La invitación era tentadora; quería ir... mas ¿podía hacerlo? Hice el inventario de mi fuerzas, me sentí débil; quise esguirme y algo como una mano de hierro me ceñía de la cintura. Siempre me he distinguido por mi voluntad indomable y esta vez sucumbía bajo el peso de la materia.

¿Y no dicen por ahí que el hombre es libre!

No podía renunciar, siembargo, á mis antecedentes de hombre de voluntad enérgica, pues aspirando á la vida pública esa será la mejor recomendación para mis conciudadanos, como lo acredita el gobernador Tejedor; y juré por ello ir al Plata *volente nolente* de la señora maría.

¡Cosa rara! A medida que mi ánimo se vigorizaba, mi organismo adquiría bríos desconocidos; con esta mejoría repentina ya no

me fué difícil el emprender la tarea de vestirme. Desenterré del fondo de un armario el frac del finado Florencio: pobre Florencio! tuvo la feliz inspiración de legarme esa pieza en artículo *mortis*; desenterré aquel y otros pertrechos de baile y con una prontitud femenina, atavié mi honorable individualidad.

Un carruaje de alquiler, cinco minutos, y subía las escaleras de la mansión risueña del baile. El Intendente estaba á la puerta y sorprendido cuando ménos de la visita, me miró oblicuamente, no obstante su buena vista, y me exigió la tarjeta. Cuando se conocen las personas, cuando todos los días se las vé tacer en mano echando una canita al aire, la exigencia intencional podía considerarse una ofensa; pero yo sé tragármelas y se la tragé al señor Solá. Exhibí la solicitada tarjeta: mas cuál no sería mi estupor al oír al Intendente que me decía: "señor: Vd es un impostor, un falsario; Vd. no es el señor Venteveo, antiguo miembro de este Club: sírvase dar media vuelta á la izquierda y desandar lo andado" Aquí fué una de tole tole, pues mi dignidad la comprometía esa noche la vista del señor Solá. Después de agotar los recursos de la dialéctica, me permitió entrar á los salones del Plata bajo la condición de acreditar en debida forma mi identidad personal.

Repuesto de mi pasajera incomodidad, esperaba melancólicamente reclinado sobre la espalda de un sofá, que alguna máscara agraciada viniera á ofrecerme su brazo. Debo advertir que soy un hombre de notoria popularidad y que en años anteriores las máscaras se han disputado mi compañía. Empero, la suerte es tan caprichosa, que esta vez quiso ofenderme haciéndome planchar. Ni una sonrisa, ni un saludo, ni una palabra dulce para mí; solo oía, de cuando en cuando, una carejada especialmente consagrada á mi figura. Una máscara traviesa que atravezaba los salones con un séquito de admiradores, se me acercó risueña: la sangre se agolpó á mi corazón, pues ya me consideraba enlazado de sus morbidos brazos; qué brazos aquellos! ¡y su seno, su seno palpitante! Parecía la voluptuosa inspiración de un escultor clásico. Mi estrella era mala: no hay duda: su sonrisa era expresión de la sátira mas refinada, y su anhelada palabra, fué el aguijón ponzoñoso de la malevolencia. Con un donaire y una gracia inimitables, me dijo: "señor taciturno ¿de qué cajón de difuntos sale Vd? ¿porqué no toma parte en la danza? quisiera intrigarlo con la relación de sus amores; pero me supongo que Vd no los ha de tener sino en el purgatorio, y desgraciadamente no tengo correspondientes en aquellos mundos lejanos!" Esta y otras lindas me dijo, que suprimo en honor mío, después de lo cual giró sobre sus ejes, dos piececitos tentadores, y me dejó cari-larga y boqui abierta. El

corazon oprimido hubo de arrancar una blasfemia á mis labios; mas consideré oportuno guardar silencio y callé. El pensamiento, sin embargo, trabajaba sin descanso en los venicuetos de mi cerebro. ¡Inutilidad de las cosas humanas! ayer era la joya de los salones, las mujeres acariciaban mi rostro con su aliento provocador, y hoy, menospreciaban á su ídolo y lo hacen añicos. Campodón era un filósofo: razon tenía cuando escribió:

¡Lo que vá de ayer á hoy!  
Ayer maravilla fui,  
Hoy sombra mía no soy.

Y esa mujer risueña, que instiló en mi corazon una gota de acibar, esa mujer que se gozó en mi sufrimiento, me juraba no hacer mucho amor eterno.

Era la caída de una tarde de primavera, y ella y yo, paseábamos por las riberas del mar. La noche llegaba con el cortejo de sus astros. La luna iluminaba los ámbitos del espacio y la naturaleza ataviada con sus mejores galas, parecía pronunciar una vez mas al cielo su eterno juramento de amor. De pronto, Diamantina, que así se llama, me detuvo y recuerdo que cariñosamente dijo: Ves, amor mío, aquellas dos estrellas que brillan en el límite de la bóveda azulada: no parecen dime ¿dos almas enlazadas? ¿dos corazones que palpitan al unísono? Pues bien: esas estrellas radiantes simbolizan el lazo de nuestras existencias: tú eres el lucero que acaricia á su consorte, yo la melancólica estrella que vive de la luz del astro. No es cierto, amado mío, que asociarás tu nombre al mío y que lejos del mundo y de las vanidades de la tierra, se deslizarán nuestros días en medio de las satisfacciones de la vida? Todo esto me decía Diamantina, no hace mas que un año; y hoy para ella, les soy indiferente.

Debo dudar del sentimiento humano, que tales *spreimens* ofrece? Casi casi estoy por tornarme escéptico; pero empiezo á dudar si seré corporalmente el mismo que ántes. He vivido tres días inconscientemente ¿cáso se lo que habrá pasado por mí en este corto tiempo? No será una resurreccion del ejemplo que ofrece el *Avatar* de Gauthier? Empiezo á creerlo; pero dejo la solucion del problema espiritista, para mañana, despues que haya descansado de la jornada que recién termino.

Descorazonado me lancé al torbellino del baile y me dejé arrastrar al acaso por las olas de ese mar humano. Sus corrientes eran tan poderosas que iba de acá para allá, sin que yo pudiera servirle de valla. Quería aturdirme y estaba aturrido, mas todavía, embriagado por esa atmósfera oriental. A mi paso hallaba rostros peregrinos, que daban vuelta mi cabeza, senos voluptuosos que inspiraban el atrevimiento, y también, de vez en cuando, una mano levantada pronta á caer sobre mí, como diciéndome: cui-

dado con el engaño! Una oleada de gente me llevó á un ángulo del salon principal: la reflexión vino en mi ayuda y su elocuencia me habló del triste papel que desempeñaba en medio de aquella multitud henchida de regocijo. Para que no lo fuera tanto, me dispuse á hacer el papel de *tourista* en obsequio de los lectores de *La Ordina* y empecé la série de mis observaciones.

No tenía que tomarme mucho trabajo. Cereza de mí, reclinado en un sofá, estaba el Dr. Carballido con una linda máscara. Qué se decían? La conversacion me llegaba incompleta, en fragmentos, y no puedo repetir todo lo que pronunciaron sus labios; pero si recuerdo que ella, con voz apasionada, le levantaba un proceso amoroso con motivo de cierta traviesa muchacha que en un baile reciente, en Moron, le había seducido en extremo. La vibracion oscilante de esa voz, que llegaba hasta mí como el eco lejano de esa música sombría que se llama *quena*, revelaba la opresion del corazon: esa voz salia impregnada en lágrimas y perfumada en suspiros. Era la voz del dolor que imploraba. El doctor informaba *in voce* con su habitual elocuencia y se defendía en sus trincheras con toda su habilidad de abogado.

Otra oleada humana, quiebra los cables de mi voluntad y me arrastra de nuevo en su corriente. Llevo delante de mí á un joven rubio, simpático, que aunque todavía no es doctor, tiene la gravedad de tal. Delcasse se llama. Acompañaba á una máscara que parecía vivamente interesada en su conversacion. Me he acercado un poco mas y empiezo á oirlo: Virginia, le dice, siempre he permanecido alejado de los centros sociales, pero esta vez, al quebrantar mi costumbre, siento el gozo del arrepentimiento. Tu trato distinguido, tus gracias y esa mirada melancólica, me enajenan: no sé porque me infundes una esperanza desconocida: creo en la próxima resurreccion de mi espíritu en los gozes de la vida. Yo que creía... y no percibí mas: se me agarraban de los faldones del frac y tuve que dar vuelta.

Una máscara había enredado el fleco de su tapado en los botones de mi frac, como llevaba enredada su alma en la del joven doctor que la daba el brazo. Estos incidentes suelen ser desagradables; pero confieso que esta vez, aunque sentía perder de vista á Virginia Tavernier y Delcasse, experimenté particular satisfaccion en ese hecho fortuito, pues reconocí en la máscara á una señorita que en años anteriores supo cautivar me con sus hechizos. Era la espiritual morena hija del ex-gobernador del Chaco. Despues de ayudarla á desprenderse de mi frac, y del "Vd. perdone" de estilo, me puse poco ménos que al lado de la pareja.

Desenaba oírla. Ha dejado tan bellos recuerdos en mi memoria. que querría hacerlos revivir oyendo su melodiosa palabra. Su espíritu

cultivado, há tiempo tiene envuelto al mío en un manto de luz; pero ella lo ignora, y hoy que soy un fantasma, lo ignorará siempre. ¡Oh cambiantes de la fortuna!

Departían sobre temas psicológicos. Él hacía la autopsia de su alma, analizaba los fenómenos del sentimiento, las evoluciones de la pasión y su influencia en la formación del carácter; y ella, como encadenada á su palabra, prestaba tanta atención que ¿porqué no decirlo? despertaba los celos en mi pecho.

Por fin le llegó su turno y habló: parecía Jehovah dictando el Decálogo. Mi pluma se resistió á traducir sus ingeniosas reflexiones, porque su forma de expresion perdería la música con que fueron pronunciadas. Y el jóven doctor convertido en Moisés, inclinaba la cabeza sobre el pecho y escribía en su corazón los nuevos mandamientos de la vida. Primero, le decía: Amar, siempre amar, no perder la esperanza, siempre vivir para el porvenir.....

No oí mas. Varias parejas interceptaron mi camino y me impidieron continuar.

Aunque estaba condenado á no abrir los labios, tuve deseos de mover la lengua, mas que por otra cosa, con el fin de persuadirme de que no se me había disecado. Cierta máscara que iba del brazo de un caballero, con aire muy romántico, se vuelve hácia otro para oír estas palabras: señorita: es Vd. en extremo poética: sabe remontarse á..... y aquí se anudó la palabra en la garganta del interlocutor; pero la romántica de la máscara, no queriendo pasar en silencio el elogio, replicó: "¿Jesús ¿cómo me voy á remontar?" cuando yo tropicé lo observé: cierto, mas ¿carita: acaso eres puniloga? La romántica despojada así de su atributo poético, se enfadó sobremanera, llegando á gritarme "tarasca insolente" y....

Tableau.

En este instante terminaba un vertiginoso vals y las parejas se uniformaban en su marcha. Me paré para verlas desfilar: algunas lindas muchachas se habian quitado la careta y pude conocer entre ellas, á las hermosas señoritas de Diaz Franco, Paz, Las-tra, Carlota Eggers, Celina Alagon, Maria Valet, Isabel Cateura, Felisa Astengo, Maria C. Saubidet, Isabel Torrens, Maria Pastor, Victoria y Josefa Coronel, Maria Castillo, y las no ménos agraciadas, de Gonzalez (Luísa, Maria y Hortencia) del Valle, Orma, Aragonés Quirno, Levalle, Manuelita Reina; Olivera, Saavedra, y Fernandez (tres Marias).

La música dejó oírse de nuevo. Comenzaba una preciosa mazurka, que aun me está haciendo bailar en un pié. Las parejas se pusieron en movimiento y el bullicio se concentró en la gran sala presidida por la diosa griega.

Me acerqué al salon. Grandioso efecto el de aquellas diosas de la belleza ataviadas con

sus hermanas las flores. Sublime espectáculo el de aquel vasto escenario conteniendo las Evas del paraíso terrenal. Gauthier se hubiera sentido inspirado en su presencia y hubiera escrito su mejor poema descriptivo.

La última nota de la orquesta fué á perderse en el vacío y las máscaras y los caballeros retornaron á pasear, renovando la interrumpida conversacion. Le ante la mirada y me hallé con la de mi cofrade Luis Elio. Parecía quererme reconocer; pero no se atrevió á saludarme. Llevaba del brazo á una de las mas lindas señoritas que esa noche ví en el Plata. Sus ojos eran soles velados por el dilatado arco de sus negras y finísimas pestañas. Yo sentí llegar hasta el fondo de mi alma sus vivísimos resplandores; era un ángel digno de ser adorado en los altares de un templo.

No sé porqué Elio estaba pensativo esa noche. ¿Sería acaso por haber arruinado su lira? Algo de esto hablaba á su seductora compañera: of decirle: Adelita, mi lirismo agoniza, y en breve, las páginas fugaces de mi pluma serán un recuerdo del pasado. He escrito en la edad del sentimiento, cada vez que mis ilusiones y esperanzas han sido truncadas por las decepciones de la vida; pero hoy, despues de una larga jornada, en la que he dejado de trecho en trecho, entre las zarzas del camino, la túnica de mis sueños; hoy me inclino al escepticismo, no hacía ese que inspira, que arranca el sollozo al corazón, sino hacía ese otro mas triste, que enmudece y genera la sonrisa del que nada espera en la vida.

La linda Adela Reina, oía y reflexionaba. ¿Sabe Dios lo que se diría! Hubiera dado este mundo y el otro, por haber leído los arcanos de su corazón.

Pero aquí viene, la reina de Suipacha, la graciosa Prosperina, la de esbelta figura y cabello blondo. Comenta las frases perfumadas del jóven escritor que la acompaña. Es incrédula y no acepta el elogio. Dice que sus vasallos no la reconocen ya por la sultana de sus antiguas emarcas, y que vive destopada, como María Estuard, reina de Escocia é Inglaterra; que aquella regiones en que antes fuera sola, y cuyos habitantes le rindieran el sencillo culto de su adoracion, han progresado, olvidando con la civilization la religion que le profesaban.

En esto se le acercó el Dr. Juan José Urdinarrain, le brindó su brazo, fuéronse á reposar en uno de los sillones próximos, y yo cambié de rumbo.

Una bandada de alegres niñas cruzó ante mis ojos: Rosa Ramos, Maria Rodriguez, Virginia Teuly, Matilde Oliver, Lola Benoit, Sofia y Mercedes Fernandez, Lucia y Flora Bravo, Elena Cabrera, Maria Isabel Casco, Cruz, Inés y Silvia Victorica, Ana y Julia Mendez Caldeira, de Elia, Ercilia Bolh y Mario Silvia Fernandez.

Entre esas máscaras iban cuatro que parecían hermanas, cuyos nombres ignoro; pero que me llamaron la atención por su disfraz singular. Vestían traje negro guarnecido profusamente de naipes franceses. Había en el lujo mucha sencillez y buen gusto.

No pude contener una ocurrencia y se la pronuncié al oído á una de ellas. "Máscara, le dije, ¿no habrán jugado con tu corazón, como tú juegas á los naipes?" mejor que no se lo hubiera dicho: tal mirada anodadora me lanzó, que me hizo retroceder cobardemente. Cuando digo que esa noche estaba con mala estrella!

Impelido por una fuerza misteriosa, llegué al ambigü: el que suponga que era el estómago el que me arrastraba, ¡voca! esa noche no probé sino un plato filológico. Allí encontré á mis antiguos camaradas Mariano Paunero, Julio Sandoval, Salvador Socas, Dr. Ibarzabal, Emilio Pellet, Pedro U. Diaz, Ramon Oliver, Domingo S. Susviela, Alberto Desein, Dr. Batillana, Dr. Yturralde, Comandante Donovan, Florencio y Fausto Roberts, Alejandro Rosa, Daniel Ocampo, y otros cuyos nombres omito. Envano me paseé por su lado y en vano los saludé: ó no me reconocían ó se hallaban muy entretenidos; por evitar toda interpretación maliciosa, diré que no era con los comestibles, sino con las compañeras.

Al regresar al salón me hallé con el Sr. Ministro de Hacienda, Dr. Plaza, que paseaba con una hermosa dama.

Cada uno en su especialidad y por eso D. Victorino quizá biciera á la máscara una segunda edición de su memoria económica. Le disertaba acerca de las estrechas relaciones de las finanzas con el amor y pretendía probar que los roles son el signo representativo de esa pasión que hace sucumbir á los grandes y á los pequeños. Después, como si recordara sus pasados tiempos de profesor de filosofía, hablóle de la inmortalidad del alma, de las ideas innatas, del epicureísmo, sin perder de vista siempre, sus elevadas miras económicas.

En un sofá se hallaba Carlos Olivera departiendo con una niña de mirada vivaracha. Quien es ella? Y que le decía? Era Aura, la heroína de su bello escrito *Ogarita*. Qué le decía? Le recitaba la última producción de su ardiente imaginación. Oí decir que su nombre verdadero es Carmen de la Canal; pero como no me consta efectivamente, excuso nombrarla. Haz cuenta, lector, que nada he dicho y *est finit*.

Eusebio Uballes, el ex-comisario policial y hoy estudianto distinguido de medicina, cruzó los salones del brazo de una preciosa negra. Ella se brindaba cada sonrisa, que por cierto no era para ser analizada por el esculpe-  
lo.

Esta encantadora morena, si no me equivoco, era Leonarda Pancelo.

Volví á encontrar á Elío. Reclinado en un sofá conversaba con la interesante señorita Aurora Lopez, que momentos ántes había visto muy entretenida con el Dr. Rafael Calzada. Ningun diálogo le sorprendió que revele mayor ilustración y criterio mas elevado, en una dama, que el que sostenía con calor la expresada señorita.

Colocados ambos en dos puntos extremos, discutían una cuestión filosófica; esto es, sobre el pesimismo y el optimismo aplicado á la vida de relación.

Aurora se inclinaba del primer lado, Elío del segundo, y estoy por creer que este fué vencido. Por lo ménos yo le tributé á la Sta. de Lopez, mi aplauso mudo.

Cansado ya de tanto andar, me lancé á la carrera escaleras abajo y pronto me hallé en la calle.

Casi no podía ver nada y me asfixiaba. Continué mi carrera precipitadamente y no paré hasta llegar á mi ansiado alojamiento. Entré en mi cuarto, tomé papel y escribí. Extraña impresión me dominaba y bajo su influencia mi pluma corría. ¿A que ideas he dado forma? Tendría que volver á leer lo escrito para saberlo, pues á medida que he ido dejando líneas tras líneas he ido perdiendo la conciencia de mi pensamiento. No podría repetir con Descartes: pienso luego existo!

Es la madrugada del día 25 y recién abandono la pluma que un sér de ultratumba parece haber retenido en mi mano. Me siento con un sueño cobarde. No me es posible resistirle y apago la bugia sin mas trámite.

Acabo de oír dar dos campanadas en el reloj de Cabildo. De la tarde las dos: es indudable. El cansancio aun no me deja abrir los párpados; pero es necesario sobreponerse, pues debo mandar á la imprenta lo escrito y me falta echar la rúbrica. Voy á ver si puedo firmar siquiera sea á tientas. Estiro la mano, busco la pluma, mas otra mano sujeta mi brazo. ¡Quién vive! pregunto, siempre sin abrir los ojos. "El médico" me responde una voz cavernosa, que cualquiera supondría salida de la garganta de Mehistófeles.

Quiero abrirlos, mas no puedo: mis ojos parecen pegados con pega-pega. ¡Diantres! ¡El médico!

—"Saque Vd. la lengua!" oigo que se me dice.

—Y en este momento, en que sin saber cómo firmo el presente escrito, discuto con el Dr. Ricardo Gutierrez si debo ó no sacarle la lengua.

¿Qué piensas tú lector?

CÁSTULO VENTEEVO.

Febrero 25 de 1879.